

Jóvenes cristianos voluntarios

Presencias cotidianas, movilización silenciosa

Wilfredo González, s.j.*



ARTE Y CULTURA UCAT

Cada vez más, jóvenes venezolanos se hacen presentes en diversas actividades buscando recrear los espacios de convivencia entre la gente; se consolida así un camino al humanismo y a la fraternidad

En los últimos años en Venezuela se resaltó una especie de irrupción de los jóvenes estudiantes universitarios en el conflicto político nacional. A ellos se le atribuyó la victoria de la oposición en el referéndum sobre la enmienda de la Constitución. Pero como suele suceder cuando la presión de los acontecimientos baja, las cámaras de los medios se dirigieron hacia otros espacios y al poco tiempo ya no se hablaba de los jóvenes. Los principales líderes del movimiento pasaron a militar en los partidos políticos conocidos. Y no es que hayan perdido importancia, pero sabemos que no solo en la participación política partidista se resuelven los conflictos de la vida colectiva. Es decir, enfrentar los problemas sociales, políticos y económicos que nos aquejan sin detenerse a mirar lo que acontece en la cotidianidad, el ir y venir de cada día, el mundo simbólico y valorativo, hará imposible cualquier reforma a fondo. Es lo que le ocurre a las revoluciones radicales. Y, al contrario, quedarse en la vida cotidiana sin referirse a los modelos económicos y a lo político puede resultar igualmente engañoso. Ningún acto aislado es significativo. La transformación profunda que se quiere será consecuencia de muchos cambios y articulaciones de procesos lentos y sometidos a reveses. Algo más parecido al ritmo de vida cotidiana que a los momentos estelares. Por otro lado, se dice que los jóvenes no escapan a la polarización y que los hay opositores radicales lo mismo que entusiastas de la revolución bolivariana. Pero así como la política de las etiquetas, los rótulos de la polarización y los eventos electorales de alta intensidad no dan cuenta de toda la realidad, tampoco agotan lo que muchos jóvenes venezolanos, no solo los universitarios movilizadas eventualmente, hacen en otros tiempos y espacios. Es el caso de los movimientos y grupos juveniles de voluntarios cristianos. En lo que sigue queremos destacar estas otras presencias cotidianas que se movilizan silenciosamente y que no suelen enfocarse ni destacarse en los medios.

LA VIDA COTIDIANA

La vida cotidiana es humana cuando las personas mantienen y recrean sus relaciones personales en un registro que va más allá de las funcionalizadas. Desde hace tiempo se siente el deterioro de la vida cotidiana. Se sobrevive a una creciente hostilidad en la calle, en los centros de servicios públicos y en los espacios de recreación como la playa o la montaña. En las grandes ciudades esto se nota con más fuerza que en las pequeñas ciudades del interior pero igualmente se siente el deterioro de las relaciones ciudadanas en todas partes. Sin embargo, en muchos lugares del país, tanto en las grandes ciudades como en los pueblos del interior, hay personas y grupos eclesiales católicos y de otras confesiones religiosas que con su presencia cotidiana hacen la vida más humana y más cristiana. En particular, los jóvenes del país que no solo se dan a conocer en eventos que irrumpen en la rutina protestando, criticando, mostrando el límite de lo que existe, reclamando justicia, gritando ¡libertad!, sino que los hay también quienes hacen presencia en la cotidianidad haciendo que sea más llevadera, tejiendo hilos muy diversos, dando y, sobre todo, recibiendo cuando dan sin esperar nada a cambio, aproximándose a los que están fuera de sus circuitos conocidos.

Se hacen presentes a través de diversas actividades que buscan recrear los espacios de convivencia entre la gente para que sean más humanos y fraternos. Muchos de estos grupos los forman jóvenes cristianos que en sus parroquias o desde sus colegios o universidades se articulan con la gente del barrio y todos los fines de semana desarrollan actividades académicas (programas de apoyo escolar), recreación (teatro, cine foro y danzas) y formación (cursos de socio política, Biblia, catequesis); también así surgen iniciativas entre las comunidades y las instituciones educativas o parroquiales cercanas. Mediante estas actividades van rompiendo con prejuicios sociales, culturales y religiosos que limitaban su acercamiento a los vecinos y produciendo la articulación de las fortalezas que cada quien posee tanto personales como institucionales creciendo y haciendo crecer en humanidad. Estas presencias juveniles, por lo general, son tan cotidianas que pasan desapercibidas. Muchas veces se conocen cuando desaparecen las actividades que los jóvenes realizaban. Pero no es exagerado decir que no habrá sociedad receptiva y hospitalaria sin estas presencias de los

grupos de jóvenes en las comunidades, sobre todo en las más necesitadas. Estas comunidades que gozan de la presencia en la vida cotidiana de los jóvenes voluntarios y solidarios, contribuyen a la densidad de las relaciones humanas que se tejen entre sus diversos actores y miembros. Estas presencias aunque sufren altos y bajos son la esperanza de que la comunidad solidaria y fraterna es posible y, sobre todo, necesaria para el fortalecimiento de la sociedad que queremos, más justa y más humana.

EN TEMPORADAS ALTAS ACONTECE OTRA ECLESIOLOGÍA

Una señal del tiempo que vivimos que nos invita a pensar la Iglesia y la sociedad que queremos es la actividad que realizan estos jóvenes durante las temporadas altas como, por ejemplo, la Semana Santa. La experiencia que adquieren al cabo de un tiempo de asistir año tras año a los campamentos y misiones por los lugares más recónditos del país los hace personas que en algo serán capaces de construir una alternativa al modo de vida vigente de la sociedad en general y de la institución eclesiástica en particular. La sociedad y la institución eclesiástica que queremos requieren de personas integrales e integradas de tal modo que puedan recrear y superar las relaciones sociales prejuiciadas y hostiles y las eclesiales poco abiertas y muy verticales. A esto dedican tiempo valioso de sus vidas, saliendo a misionar cuando se han podido quedar en el circuito conocido.

Si se mira en contraste con los atractivos culturales vigentes que se refinan en las temporadas altas, como los centros comerciales y sus estímulos permanentes, las propuestas de distracción para *romper con la rutina*, las vacaciones escolares para *no saber de nada*, la Navidad y la despedida del año viejo altamente comercializadas, las enormes movilizaciones durante los días de carnaval y Semana Santa con sus saldos de muertos, los puentes y los días feriados, se puede pensar que los jóvenes que se movilizan silenciosamente hacia las fronteras de su vida cotidiana son una esperanza para la sociedad y para la Iglesia.

Ellos manifiestan que quieren vivir un tiempo distinto, gratuito, lleno de gracia. Compartir con la gente que, con pocos recursos y lejos de los atractivos de moda, mantiene un ritmo de vida sencillo y humano; sentir en carne propia el du-

ro trabajo del campo hasta que llega el día de la fiesta para bailar, echar chistes, comer y beber de lo que cada quien pone, y preparar la despedida con un profundo anhelo de que todo se repita el próximo año. Estos son tiempos densos, llenos de vida tan humana que los jóvenes sienten una ligera extrañeza al regresar a sus casas.

Es difícil imaginar que alguien se dedique a otra actividad que no sea el ocio estimulado y comercializado. Pero, repito, hace muchos años que desde diversos puntos de la geografía nacional se desplazan grupos parroquiales, organizaciones juveniles, estudiantes universitarios misioneros y voluntarios hacia pueblos y caseríos donde regularmente nadie va a trabajar y compartir la vida con la gente del lugar. Cientos de jóvenes salen de sus casas a encontrarse con otras personas para compartir, intercambiar y conocerse desde la realidad cotidiana de la gente que vive en zonas rurales, sub-urbanas, indígenas o campesinas. En muchos de los barrios de las grandes ciudades, las temporadas altas son el tiempo oportuno para desarrollar actividades de todo tipo, que van desde el teatro de calle hasta campeonatos relámpago de futbolito, básquet, voleibol y pelota de goma. Los barrios se toman un respiro y en los campos se anima la gente a recibir a los jóvenes misioneros y voluntarios que pertenecen a distintas organizaciones, grupos y movimientos. Estas presencias de jóvenes colaborando quedan en la memoria de la gente de estos lugares. La esperanza es que otros jóvenes y no tan jóvenes vendrán y la llama de la esperanza se mantendrá viva.

PERIPLoS DE TRANSFORMACIÓN

Para muchos de los jóvenes que se apuntan a estas actividades el solo hecho de viajar fuera de su ciudad o estado es una experiencia significativa que recordaran toda su vida. Desde que se montan en el autobús hasta la adaptación a las comidas, pasando por los ajustes en la convivencia con los desconocidos, todo afecta de modo personal. La clave es el trato con la gente humilde y sencilla. El contacto directo con sus tradiciones y costumbres, la posibilidad de escucharlos contar sus anhelos y esperanzas, sus éxitos, sus fracasos y sus temores. La geografía venezolana pasa de ser la bitácora publicitada a la habitada por gente concreta que le muestra a los voluntarios y misioneros la otra cara de la moneda, lo que no se escucha en los animados

cafés universitarios ni se ve por Internet. No suelen encontrar las comodidades a las que están acostumbrados pero las relativizan cuando caen en la cuenta de que sus anfitriones disponen de lo mejor que tienen para recibirlos y atenderlos. Suelen decir que de este modo aprenden a valorar más lo que tienen en sus casas y que no siempre sus conocimientos de estudiantes universitarios están orientados a responder a los problemas que afectan a los más necesitados. Los conocimientos, los marcos teóricos, los esquemas de comprensión que aprenden se caen al enfrentarse a los problemas de la vida cotidiana. Muchos descubren que hay que cultivar la inteligencia no para explicar por qué no se puede transformar la realidad sino para implicarse en cambiarla y dotarla de sentido.

Muchos se sorprenden de las iniciativas de la gente para salir adelante en medio de tantas dificultades. No pocos caen en la cuenta de que han conocido a personas que teniendo su misma edad ya tienen su futuro hipotecado. Para muchos de los jóvenes que salen a estas misiones lo vivido con la gente va más allá de lo pintoresco. Al cabo de unos años, algunos vuelven para ofrecer su trabajo profesional desinteresado. Entonces, algo empieza a transformarse lenta y silenciosamente.

* Miembro del Consejo de Redacción de SIC.